

Creer para entender.
Apuntes sobre la exégesis patrística de Is 7, 9 (s. LXX)

JOSÉ RICO PAVÉS

Si no creéis, no comprenderéis (Is 7, 9). Las palabras del profeta Isaías, en la versión griega de la Septuaginta, han servido al Papa Francisco para encabezar, a modo de título, el segundo capítulo de la Carta Encíclica *Lumen fidei*. El capítulo comienza con una apreciación sobre la doble lectura de este pasaje custodiada por la Tradición. El Señor se dirige a través del profeta Isaías al rey Acáz en medio de una situación preocupante para el pueblo de Israel. Atemorizado por los enemigos que le circundan, el rey pretende encontrar seguridad estableciendo pactos con el imperio de Asiria. El profeta, sin embargo, le invita a fiarse sólo en la roca firme que no falla, el Dios de Israel. Ahora bien, mientras el texto hebreo de ese versículo de Isaías utiliza el verbo subsistir (*si no creéis, no subsistiréis*), la traducción griega de los Setenta realizada en Alejandría de Egipto utiliza el verbo comprender (*si no creéis, no comprenderéis*). Advierte entonces el Papa que no existe, en rigor, alteración del sentido originario del texto hebreo, pues «la subsistencia que Isaías promete al rey pasa por la comprensión de la lección de Dios y de la unidad que él confiere a la vida del hombre y a la historia del pueblo»¹. Al sustituir el verbo subsistir por comprender en la versión griega de Isaías, la cuestión del conocimiento de la verdad se coloca en el centro de la fe y ésta aparece como la virtud que da firmeza en medio de las dificultades.

Importa advertir que, al preferir la traducción griega de Isaías, el Papa se sitúa en la línea de interpretación mayoritaria de ese versículo en la época patrística introduciendo así la cuestión de la relación entre la fe, la razón y la verdad en perfecta continuidad con el legado de los Santos Padres. Los autores de la antigüedad cristiana, en efecto, al comentar el versículo del profeta Isaías prefirieron la versión griega de los Setenta y ofrecieron a su luz una reflexión fecunda sobre el vínculo que media entre la fe y la razón. No es por eso casualidad que el segundo capítulo de la Encíclica *Lumen fidei* sea el capítulo de todo el documento que contiene un mayor número de citas patrísticas. Para descubrir la relación que existe entre creer y comprender, tal como es expuesta en la primera encíclica del Papa Francisco, es especialmente luminoso acercarse al testimonio de los Santos Padres. Tal es el objetivo de la presente exposición: repasar los testimonios más destacados de la interpretación patrística de Is 7, 9 en la versión griega de los Setenta. No se pretende hacer arqueología de textos antiguos sino acercar las enseñanzas de los Santos Padres sobre un tema que ha merecido en nuestros días la atención del Papa. Se procederá, por tanto, en dos momentos: primero se repasará la interpretación que algunos autores relevantes de la antigüedad cristiana han dado al versículo de Isaías, con especial atención a san Agustín y a Dionisio Areopagita; después, en un segundo momento, se repasará el contenido del segundo capítulo de *Lumen fidei*, subrayando aquellos aspectos que la enseñanza patrística ilumina mejor.

1. Testimonios patrísticos sobre la exégesis de Is 7, 9 (s.LXX)

El recurso a la lectura de Is 7, 9 según la versión griega de los Setenta, se había convertido en un lugar común dentro de la primera teología cristiana. La mayoría de los autores que se detienen en su comentario acuden al versículo para ilustrar enseñanzas en las que se quiere subrayar la necesidad de armonizar la relación entre la fe y la razón.

¹ FRANCISCO, Carta Encíclica *Lumen fidei* (29.6.2013), 23.

Sólo unos pocos, los que desarrollan el comentario detallado del comentario al libro profético, interpretan el pasaje en su contexto histórico. Unos y otros, sin embargo, prefieren la lectura de los LXX aún cuando conocen otras versiones. Veamos algunos ejemplos.

1.1. San Ireneo de Lyon

San Ireneo acude a Is 7, 9 para invitar a conservar inalterada la Regla de la fe: la fe se nos concede en favor de la verdad, por eso, el que cree, comprende, alcanza la verdad.

Así pues, por temor a cosa semejante, nosotros debemos mantener inalterada la Regla de la fe y cumplir los mandamientos de Dios creyendo en Él, temiéndole como a Señor y amándolo como a Padre. Por lo tanto, un comportamiento de este estilo es una conquista de la fe, pues como dice Isaías, *si no creéis no comprenderéis*; la fe nos es concedida por la verdad, pues la fe se fundamenta en la verdad².

La cita de Isaías se encuentra en la *Epideixis* o *Demostración de la predicación apostólica* una obra considerada por Benedicto XVI como “el más antiguo catecismo de la doctrina cristiana”³. En el centro de la obra de san Ireneo se encuentra la Regla de la fe, la cual coincide en la práctica con el Credo de los apóstoles, considerada la clave para interpretar el Evangelio. La confesión de la fe, que se articula de manera ordenada en la Regla de fe, es el camino para abrazar la verdad. El Credo, en cuanto síntesis del evangelio, aparece así como guía segura para alcanzar conocimiento y acoger la verdad. Quien profesa el Credo, en cuanto declaración de fe, empieza a comprender, es decir, empieza a recibir la verdad.

1.2. Clemente de Alejandría

En Clemente de Alejandría el pasaje adquiere una importancia capital para distinguir al creyente del pagano. La fe se entiende como criterio de juicio que dispone a acoger las palabras divinas y a participar de los sacramentos recibiendo su fruto. A la fe necesaria para la comprensión se une el sentido del arcano, que manda preservar los misterios divinos del conocimiento de los paganos.

Por eso, no se debe permitir a los oyentes que sometan la doctrina a la prueba de la comparación ni se debe transmitir ni entregar a examen de los que se nutren con todo tipo de ciencias y se enorgullecen por la fuerza de sus argumentaciones, pues tienen ya el alma llena de nociones y no la han vaciado. Cuando alguien ha decidido participar en el banquete desde la fe, está dispuesto a acoger las Palabras divinas, pues posee la fe como recto criterio de juicio; de ahí, además, le viene el convencimiento de la salvación. Esto era, en efecto, lo que significaba aquel dicho profético: *si no creéis, no comprenderéis*⁴.

La fe es asentimiento y «visión anticipada» (πρόληψις), que permite llegar donde la razón no llega. Siendo conocimiento verdadero incorpora una decisión de la voluntad, por eso la incredulidad puede ser reprochable y, en cierto modo, se puede «exigir» para comprender. De ahí que el versículo de Isaías pueda ser invocado frente a los no creyentes.

² IRENAEUS, *dem.* 3 (trad. E. Romero Pose, FP 2, 56; cf. n.3).

³ Cf. BENEDICTO XVI, *Catechesis* (28.3.2007).

⁴ CLEMENS ALEXANDRINUS, *str.* 1, 1, 8, 1, 1-2, 4 (PG 8, 693 BC).

¿Acaso no piensas que el que no cree blasfema? *Mi justo vivirá de fe* (Ha 2, 4), escribió el profeta. Y dice otro profeta: *si no creéis, no comprenderéis* (Is 7, 9). ¿Cómo podrá el alma dar cabida a la contemplación sobrenatural de estas cosas, si en su interior está llena de incredulidad respecto a lo que aprende? La fe, que algunos griegos calumnian juzgándola vacía y bárbara, es una visión anticipada voluntaria, un asentimiento religioso, *garantía de lo que se espera, prueba de lo que no se ve* (Hb 11, 1-2), según el divino apóstol. Más aún, pues, por ella los antiguos recibieron un testimonio y *sin ella es imposible agradar a Dios* (Hb 11, 5-6)⁵.

Para Clemente la fe es además el presupuesto del aprendizaje. Si es, en efecto, visión anticipada que permite comprender, no habrá aprendizaje sin fe. Progresar en el conocimiento comporta crecer en la fe.

Prestar oído es comprender. Así, si la fe no es otra cosa que una visión anticipada del pensamiento respecto a lo que se nos ha dicho, y esto es lo que hemos llamado «atención», «ciencia» y «disponibilidad al convencimiento», no sucederá nunca que alguien aprenda sin fe, dado que no se aprende sin visión anticipada. De ahí resulta más verdadero que nada el dicho del profeta: *si no creéis, no comprenderéis*⁶.

Clemente de Alejandría, segundo director de la mayor escuela catequética de la antigüedad cristiana, sabe bien que la fe, lejos de enfrentarse a la razón, la sostiene en su búsqueda de la verdad, convirtiéndose en el presupuesto necesario para aprender.

1.3. Eusebio de Cesarea

En Eusebio de Cesarea encontramos un uso análogo al del alejandrino: también el versículo se interpreta al margen del contexto en que lo introduce Isaías, y se pone en relación con la comprensión intelectual, en este caso, de las Escrituras.

Por eso, justamente la Escritura de los hebreos antepone también la fe a la comprensión y contemplación de las Escrituras, cuando dice: «si no creéis, no comprenderéis». Y también: *creí, por eso hablé* (Sal 115, 1)⁷.

Eusebio considera no creyentes tanto a judíos como a griegos porque no aceptan a Cristo. Si no creen en Él no podrán comprender las Escrituras. De esta manera, se subraya que la fe se orienta al encuentro con la Persona de Jesucristo, en cuyo trato y seguimiento, se alcanza comprensión. Para comprender, necesario es seguir a Cristo.

Los lectores necesitan no solamente entendimiento sino también fe, y no sólo fe sino además entendimiento. Por eso los circuncidados, si no creyeron en el Cristo de Dios, aunque hoy oyeran estas palabras, no entenderían aún el contenido de lo profetizado, dado que la profecía se confirma en ellos los primeros, revelándose verdaderamente como concerniente a ellos y a ellos dirigida. Porque dice, en efecto, *si no creéis, tampoco entendéis* (Is 7, 9)⁸.

1.4. San Basilio Magno

⁵ CLEMENS ALEXANDRINUS, *str.* 2, 2, 8, 2, 1-9, 1, 1 (PG 8, 940AB).

⁶ CLEMENS ALEXANDRINUS, *str.* 2, 4, 17, 3, 1-4, 2 (PG 8, 948B - 949A).

⁷ EUSEBIUS CAESARIENSIS, *p.e.* 12, 1, 3, 1-3 (Sch 307, 36; cf. n.1).

⁸ EUSEBIUS CAESARIENSIS, *dem.* 7, 1, 28-29 (GCS 23, 303).

Entre los capadocios, Basilio Magno comenta el versículo de Isaías dentro del contexto profético en que aparece, sacando una aplicación sobre el momento presente de la Iglesia en que debe soportar las insidias de los enemigos y traidores: las palabras del profeta se refieren al estado actual de la Iglesia, tal como dice la Escritura: *si no creéis, no entenderéis*⁹. Conoce, además, la tradición anterior iniciada en Clemente y, en la cuestión 218 de su *Regla breve*, lee el versículo en relación con el conocimiento de Dios: se hace digno de recibir el conocimiento de Dios quien ejercita la fe.

Pregunta: ¿cómo hemos de pedir a Dios comprensión o cómo podemos hacernos dignos de ella? Respuesta: Adquirimos del mismo Dios comprensión por medio del profeta que dice: *no se gloríe el sabio en su sabiduría, no se gloríe el fuerte en su fortaleza, no se gloríe el rico en su riqueza: el que se gloríe que se gloríe en esto: en comprender y conocer a Dios* (Jr 9, 23-24), y por medio del apóstol que afirma: *sea la voluntad del Señor lo que comprendáis* (Ef 5, 17). Podemos, por tanto, hacernos dignos de esa [comprensión] si hacemos lo que está escrito: *mirad y comprended que yo soy Dios* (Sal 45, 11), y si creemos que es verdadera toda palabra de Dios, pues dijo: *si no creéis, no entenderéis*¹⁰.

La comprensión, como depende de la fe, requiere no sólo capacidad intelectual, sino sobre todo disposición del corazón, de ahí la importancia de la petición. Quien pide reconoce su carencia, crece en humildad y se dispone así a recibir. La fe, en cuanto es don, requiere petición. Crece en comprensión el que cree y aumenta su fe el que pide.

1.5. San Juan Crisóstomo

San Juan Crisóstomo, por su parte, vio en las palabras de Isaías el anuncio de un mensaje que escapa a la razón, pero que se refería a los acontecimientos históricos por él predichos.

Ahora bien, como estaba hablando de cosas que escapan a la razón humana y superan la lógica de los razonamientos, y sus palabras eran una profecía, añade justamente: *si no creéis, no entenderéis*. No busques -dice- cómo ni por qué medio sucederá. Es Dios quien actúa, tú pon la fe y reconocerás la fuerza del Artífice: tú ya has recibido la prueba total de lo que se te ha dicho¹¹.

A diferencia de los autores anteriores, el Crisóstomo comenta el versículo bíblico en su contexto y reconoce que la salvación que espera el pueblo de Israel no le vendrá de las alianzas con los pueblos vecinos sino de su fe en el Dios de nuestros padres. La firmeza del pueblo (subsistencia) depende de su fe en el Dios único y verdadero.

1.6. San Jerónimo

San Jerónimo se acerca al libro de Isaías con gran unción y humildad. El estudio de las Escrituras es para él una obligación que nace del precepto de Cristo, quien afirma: *estudiad las Escrituras* (Jn 5, 39) y también: *buscad y encontraréis* (Mt 7, 7). En este libro profético se encuentra compendiado todo el misterio de Cristo:

Nadie piense que yo quiero resumir en pocas palabras el contenido de este libro, ya que él abarca todos los misterios del Señor: predice, en efecto, al Emmanuel que nacerá de la

⁹ BASILIUS CAESARIENSIS, *Is.* 7, 192 (PG 30, 449B).

¹⁰ BASILIUS CAESARIENSIS, *reg. brev.* 218 (PG 31, 1226C-1228A).

¹¹ JOANNES CHRYSOSTOMUS, *hom. in Is.* 7, 4, 19-26 (SC 304,306-308).

Virgen, que realizará obras y signos admirables, que morirá, será sepultado y resucitará del país de los muertos, y será el Salvador de todos los hombres¹².

El Comentario a Isaías de san Jerónimo desbroza versículo a versículo el significado del texto sagrado procediendo con un método riguroso que primero fija el sentido histórico y después busca la comprensión espiritual. Cuando llega a nuestro versículo, Jerónimo advierte la diferencia entre el texto hebreo y la traducción griega de los Setenta, pero lejos de ver contradicción entre ambos textos, señala el sentido unitario común.

Al predecir esto el Señor mediante el profeta, ni Ajaz ni el pueblo creyeron que sucedería. Por ese se añade: *si no creéis, no permaneceréis*, como Símaco ha traducido; esto es, tampoco vosotros permaneceréis en vuestro reino, sino que seréis llevados a cautividad, para soportar las penas de esos cuya infidelidad habéis imitado. O ciertamente según LXX, *no entenderéis*. Y el sentido es: porque no creéis lo que el Señor dice que sucederá, no tendréis inteligencia¹³.

1.7. San Agustín de Hipona

San Agustín insiste en la necesidad de poner en ejercicio la razón para llegar a comprender las afirmaciones de la fe, aún cuando él mismo sostiene que la fe sola, de por sí, ayuda ya a comprender: «Entiende para que creas en mi palabra; cree para que entiendas la palabra de Dios». La sabiduría todo lo entiende y consiste en la fe sencilla que precede al entendimiento. «Si no puedes comprenderlo, cree para conseguirlo. La fe precede al entendimiento, según aquello del profeta: *Si no creéis, no entenderéis*»¹⁴

Pienso que la expresión *si no creéis, no entenderéis*, muestra que la justicia se refiere a la fe y la comprensión a la sabiduría. Por tanto, no hay que desaprobare el afán de quienes arden en un deseo enorme de la verdad clara; pero hay que exigirles que respeten el orden, es decir, que comiencen por la fe y se esfuercen por llegar con las buenas costumbres allí a donde tienden¹⁵.

La fe que lleva a la inteligencia es la que san Agustín llama «la creencia en Dios», que consiste en unir el amor y la fe. Ir a Dios por la fe es incorporarse a Él y a sus miembros, es decir, al prójimo, por la caridad. Esa es la fe sencilla que precede a la inteligencia.

La enseñanza católica enseña que es oportuno nutrir primero a la mente humana con la fe sencilla, para hacerla capaz de comprender las realidades superiores y eternas. Así dice también el profeta: *si no creéis, no entenderéis*. La fe sencilla es aquella por la que –antes de conocer la supereminente ciencia de la caridad de Cristo para llenarnos de la entera plenitud de Dios- creemos, no sin motivos, que el proyecto de humillarse, conforme al cual nació y padeció, había sido predicho mucho antes, desde el tiempo de los profetas, por medio de una nación profética, de un pueblo profético, de un reino profético¹⁶.

¹² IERONYMUS, *in Is.* Prol. 2 (CCL 73, 1-3).

¹³ IERONYMUS, *in Is.* III, 9 (CCL 73, 99).

¹⁴ AUGUSTINUS, *en. in Ps.* 118, 18, 3 (CCL 40, 1724; BAC 443, 25-26).

¹⁵ AUGUSTINUS, *adv. Faust.* 22, 53 (CSEL 25, 647; BAC 529, 574).

¹⁶ AUGUSTINUS, *adv. Faust.* 12, 46 (CSEL 25, 374; BAC 529, 224).

La afirmación agustiniana “cree para que entiendas” significa que la fe nos lleva a entender lo que con la sola razón sería imposible. Pero el mismo santo afirma: “entiende para que creas” porque la razón muestra a quién se debe creer. La fe purifica el corazón para que reciba la luz de la gran razón:

Pertenece al fuero de la razón el que preceda la fe a la razón en ciertos temas propios de la doctrina salvadora, cuya razón todavía no somos capaces de percibir. Lo seremos más tarde. La fe purifica el corazón para que capte y soporte la luz de la gran razón. Así dijo razonablemente el profeta: *si no creéis, no entenderéis*. Aquí se distinguen, sin duda alguna, dos cosas. Se da el consejo de creer primero, para que después podamos entender lo que creemos. Por lo tanto, es la razón la exige que la fe preceda a la razón. Ya ves que, si este precepto no es racional, ha de ser irracional, y Dios te libre de pensar tal cosa. Luego si el precepto es racional, no cabe duda de que esta razón, que exige que la fe preceda a la razón en ciertos grandes puntos que no pueden comprenderse, debe ella misma preceder a la fe¹⁷.

1.8. Teodoreto de Ciro

Finalmente, Teodoreto de Ciro, en su comentario a Isaías, ofrece un apunte crítico y señala las diferentes variantes que tiene en su haber sobre nuestro versículo, interpretando la versión de los Setenta como una palabra que nos habla de la necesidad de la fe en el conocimiento de las cosas divinas.

Y como conoce su incredulidad, añade: «Y si no creéis, no comprenderéis». La versión de Símaco dice así: «si no creéis, no subsistiréis», y la Teodoción: «si no creéis, ya no seréis creyentes», porque el fruto de la fe es la salvación. En cuanto a los Setenta, el «no comprenderéis» prueba que el conocimiento de las cosas divinas pasa por la fe¹⁸.

1.9. Dionisio el Areopagita

Sin ser muchas las referencias que encontramos en el *Corpus dionysiacum* a la fe, las existentes son suficientemente significativas como para iluminar su orientación decididamente teológica. Sólo los iniciados pueden escuchar las explicaciones sobre los misterios divinos, pues sólo ellos han sido interiormente capacitados para acogerlos. Los iniciados son los que han recibido el sacramento de la Iluminación, es decir, el Bautismo. Pues bien, es la fe la que abre a los frutos del Bautismo, tal como afirma Jn 1, 12: *a cuantos lo acogieron, les dio el poder de ser hijos de Dios, a cuantos creen en su nombre*¹⁹. Cuando Dionisio habla de «creer» lo hace en el sentido joaneo.

A propósito de la Verdad como nombre divino, el Areopagita afirma que la fe es el fundamento de los creyentes, baluarte que mantiene inalterablemente en la verdad. Téngase en cuenta que los nombres divinos son para Dionisio potencias unificadoras y elevantes, mediante las cuales somos elevados hasta Dios. En el nombre divino «Verdad» Dionisio incluye la fe: por ella la verdad se percibe en su identidad, sin fisuras, infaliblemente, otorgando permanencia y estabilidad interior al creyente.

Esta Razón es la Verdad simple, verdaderamente subsistente, en la cual, como en un conocimiento limpio e infalible de todo, está la Fe divina, el fundamento único de los creyentes que los pone en la verdad y la verdad en ellos en una identidad que no puede cambiar, en cuanto quienes creen poseen el puro conocimiento de la verdad. En efecto, si el

¹⁷ AUGUSTINUS, *ep.* 120, 3 (CSEL 34/2, 706).

¹⁸ THEODORETUS CYRRHENSIS, *Is.* 3, 314-320 (SC 276, 282).

¹⁹ Cf. DIONYSIUS AREOPAGITA, *eh* II, II, 1 (70, 8; PG 3, 393A).

conocimiento une a los que conocen y a las cosas conocidas, y la ignorancia es motivo para el ignorante de un continuo cambio y de división consigo mismo, según la Sagrada Escritura nada alejará del fundamento de la verdadera fe a quien cree en la verdad, fe en la que tendrá la permanencia de una identidad inmóvil e inmutable²⁰.

Gracias a la fe no sólo abrazamos la verdad, sino que además permanecemos estables en ella. Pues bien, para Dionisio los misterios divinos sólo los «comprende» quien cree, según las palabras del profeta Isaías. La fe se convierte así en la llave que permite entrar en la comprensión de las verdades reveladas y de los símbolos litúrgicos.

Si los profanos vieran o escuchasen nuestras celebraciones, creo yo que se reirían a sus anchas y sentirían compasión de nuestro error. No hay porqué admirarse de ello. Pues, como dicen las Escrituras, *si no creen no comprenderán*. Nosotros, sin embargo, guiados por la Luz de Jesús vemos el sentido inteligible de estas celebraciones²¹.

El recurso a Is 7, 9 en la versión de los Setenta nos permite reconocer la intención teológica que subyace en el *Corpus*. La versión griega difiere del texto hebreo original que, en lugar, del «no comprenderéis» lee «no subsistiréis». Para comprender las verdades reveladas y captarlas en su conjunto es necesaria la fe. La fe no anula el conocimiento, sino que lo lleva a su plenitud. La razón se integra en la fe, de modo que para poder comprender (actividad de la razón) se requiere la fe. Asumiendo la variante griega de los Setenta, Dionisio se inserta en una tradición *teológica* cristiana, advirtiendo que las explicaciones que él ofrece en sus escritos de los símbolos y misterios divinos, sólo serán captadas por los creyentes. El *sentido teológico* del *Corpus* resplandece también desde la fe.

El Areopagita lee además el versículo del profeta en *clave cristológica*. Se debe notar el contraste entre los profanos y los que son guiados por la Luz de Jesús: entre aquéllos y ésta, se lee e interpreta Is 7, 9, sugiriendo que la comprensión que nace del creer es efecto de la iluminación recibida de Jesús. Dionisio ha asumido una interpretación común en la tradición patrística anterior a él, que veía en la versión griega de Is 7, 9 una prueba de la necesidad de la fe para la comprensión de los misterios divinos, tanto los litúrgicos como los referidos a la Palabra de Dios. La vinculación de esta lectura a una exhortación que evoca el respeto por el arcano, sitúan al Areopagita en línea con Clemente el Alejandrino.

2. La fe que busca inteligencia

El Papa demuestra la estrecha relación entre fe y verdad, la verdad fiable de Dios, su presencia fiel en la historia. “La fe, sin verdad, no salva – escribe el Papa – Se queda en una bella fábula, la proyección de nuestros deseos de felicidad.” Y hoy, debido a la “crisis de verdad en que nos encontramos”, es más necesario que nunca subrayar esta conexión, porque la cultura contemporánea tiende a aceptar solo la verdad tecnológica, lo que el hombre puede construir y medir con la ciencia y lo que es “verdad porque funciona”, o las verdades del individuo, válidas solo para uno mismo y no al servicio del bien común. Hoy se mira con recelo la “verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto”, porque se la asocia erróneamente a las verdades exigidas por los regímenes totalitarios del siglo XX.

²⁰ DIONYSIUS AREOPAGITA, *dn* VII, 4 (199, 3-12; PG 3, 872C-D).

²¹ DIONYSIUS AREOPAGITA, *eh* VII, III, 1 (123, 17-21; PG 3, 556D-557A).

Esto, sin embargo, implica el “gran olvido en nuestro mundo contemporáneo”, que – en beneficio del relativismo y temiendo el fanatismo – olvida la pregunta sobre la verdad, sobre el origen de todo, la pregunta sobre Dios. La *Lumen fidei* subraya el vínculo entre fe y amor, entendido no como “un sentimiento que va y viene”, sino como el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da nuevos ojos para ver la realidad. Si, pues, la fe está ligada a la verdad y al amor, entonces “amor y verdad no se pueden separar”, porque sólo el verdadero amor resiste la prueba del tiempo y se convierte en fuente de conocimiento. Y puesto que el conocimiento de la fe nace del amor fiel de Dios, “verdad y fidelidad van juntos”.

La verdad que nos abre la fe es una verdad centrada en el encuentro con el Cristo encarnado, que, viniendo entre nosotros, nos ha tocado y nos ha dado su gracia, transformando nuestros corazones.

Aquí el Papa abre una amplia reflexión sobre el “diálogo entre fe y razón”, sobre la verdad en el mundo de hoy, donde a menudo viene reducida a la “autenticidad subjetiva”, porque la verdad común da miedo, se identifica con la imposición intransigente de los totalitarismos. En cambio, si la verdad es la del amor de Dios, entonces no se impone con la violencia, no aplasta al individuo. Por esta razón, la fe no es intransigente, el creyente no es arrogante. Por el contrario, la verdad vuelve humildes y conduce a la convivencia y el respeto del otro.

De ello se desprende que la fe lleva al diálogo en todos los ámbitos: en el campo de la ciencia, ya que despierta el sentido crítico y amplía los horizontes de la razón, invitándonos a mirar con asombro la Creación; en el encuentro interreligioso, en el que el cristianismo ofrece su contribución; en el diálogo con los no creyentes que no dejan de buscar, que “intentan vivir como si Dios existiese”, porque “Dios es luminoso, y se deja encontrar por aquellos que lo buscan con sincero corazón”. “Quién se pone en camino para practicar el bien – afirma el Papa – se acerca a Dios”.

Por último, la *Lumen fidei* habla de la teología y afirma que es imposible sin la fe, porque Dios no es un mero “objeto”, sino que es Sujeto que se hace conocer. La teología es participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo; se desprende que debe ponerse al servicio de la fe de los cristianos y que el Magisterio de la Iglesia no es un límite a la libertad teológica, sino un elemento constitutivo porque garantiza el contacto con la fuente original, con la Palabra de Cristo.

Conclusión: creer para comprender

La enseñanza patrística que vincula la fe a la inteligencia resuena en el capítulo segundo de la Encíclica de *Lumen fidei*. La precedencia de la fe que mueve a la razón se descubre en la orientación única de ambas hacia la verdad.

Al inicio de un nuevo curso académico, inaugurado cuando la Iglesia está celebrando el *Año de la fe*, resulta especialmente oportuno la oración que introduce el *Proslogion* de san Anselmo de Aosta, autor en el que resuenan con fuerza las afirmaciones de san Agustín convertidas en súplica:

No intento, Señor, penetrar tu profundidad, porque de ninguna manera puedo comparar con ella mi inteligencia; pero deseo comprender tu verdad, aunque sea imperfectamente, esa verdad que mi corazón cree y ama. Porque no busco comprender para creer, sino que creo para llegar a comprender. Creo, en efecto, porque si no creyere, no llegaría a comprender²².

²² SAN ANSELMO, *Proslogion* I, 3 (BAC 82, 367).